

BALLAUFF, Theodor: *Die Idee der Paideia*. Westkulturverlag Anton Hain. Meisenheim. Glan., 1952; 82 págs., 22,5 × 16 cms. (Monographien zur philosophischen Forschung. Bd. VII.)

La Pedagogía no puede construirse sino sobre bases filosóficas. Platón, pedagogo y político de vocación, y filósofo por político y pedagogo, dramatizó en el símil de la caverna, que abre el libro VII de la *República*, el complejo humano y filosófico que se encierra en el misterioso hecho de ser «aducado» o sacado a la luz directa de la verdad. Parménides fijó con trazos similares en su poema didáctico el itinerario pedagógico hacia la región de la verdad. Platón completa a Parménides y corona con mano definitiva de filósofo y de artista el esbozo presocrático. El profesor de Filosofía y Pedagogía de Colonia, doctor Ballauff, ha prendido a estos dos trozos literarios una glosa de penetrante agudeza exegética, con la sensacional novedad de darnos en aquellos textos clásicos una traducción diáfana de la concepción que tiene Heidegger de la verdad y de su visión metafísica del hombre. La verdad como *alétheia*, en su primitivo sentido etimológico de «re-velación», descubrimiento, que implica ya toda una metafísica de la situación humana, situación degradada de oscuridad y ocultamiento de la verdadera realidad y ser de las cosas y situación no primitiva, sino secundaria, que remite a una anterior y «más auténtica» situación, situación «originaria» (prioridad de tiempo y naturaleza en Platón, de naturaleza al menos en Heidegger) de luz y claridad, y, por tanto, de seres verdaderos, del «ser» en su absoluta pureza y patencia. El hombre envuelto en la oscuridad mundana, aherrojado y condenado a no percibir más que sombras y ecos de los verdaderos objetos y sonidos; pero él, el hombre, el único ente mundano que posee una abertura de «vuelta» hacia la luz (la boca de la caverna platónica), vuelta a lo originario; «redescubrimiento» y «reencuentro» del ser y de sí mismo. Concepción dramática, ribeteada de tragedia, con interesantes y necesarias implicaciones de orden metafísico, lógico, social y pedagógico. En el presente estudio se toma como eje de exposición el itinerario humano pedagógico que va implicado en aquel multiforme proceso.

El profesor Ballauff hace preceder a su doble exposición los correspondientes trozos de los filósofos griegos en el original y en traducción alemana. Sigue el análisis exegético y valorativo desde un ángulo heideggeriano. Lo resumimos en los siguientes trazos.

El relato platónico tiene dos partes literarias: el símil y su interpretación.

A) El símil comprende tres momentos: la *primera situación* del hombre en la caverna, el *paso* o salida al mundo de fuera, con la subsiguiente nueva situación en la *alétheia*, y finalmente el *retorno* a la primera estancia con los antiguos compañeros de caverna.

I. En la *primera situación* del hombre pueden considerarse: 1), la misma situación o mundo de la caverna; 2), el hombre en esa situación; 3), los seres y objetos allí existentes.

1) La caverna es un espacio clauso, soterrado, envolvente, privado de luz directa, cárcel del hombre; pero el hombre vulgar, «cotidiano», se siente allí como «en su casa», nada sospecha de encerramiento y oscuridad, nada sabe de caverna y cárcel.

2) El hombre allí encerrado y aherrojado carece de libertad de movimiento, pero se cree libre, porque no aspira a moverse más allá de lo que le permiten las cadenas; su radical pasividad la interpreta como actividad. Cree y opina y sostiene frente a los otros sus puntos de vista, sin advertir que su ver es un no-ver.

3) Lo que hay allí dentro, objetos y seres, no son en realidad seres, sino tan sólo reflejos umbrátiles y ecos de seres y sonidos que los hombres aherrojados toman, no obstante, por verdaderos seres. Todo allí es inconsistente y fugaz; sin embargo, es tomado por sólido y duradero.

Todo este mundo de la primera situación se revela como tal, es decir, como caverna, cárcel, sombras, ecos, inconsistencia, sólo a aquel que ha sido ya tocado por el claror directo de la *alétheia*. Sólo desde ésta aparece aquél como el mundo de la *doxa*.

II. El *paso*. La salida a la esfera de la *alétheia* reconoce a su vez dos momentos: el mismo cruce del umbral de la cueva y la segunda situación en el reino de la *alétheia*. El primer momento se caracteriza como liberación, curación, discriminación súbita y dolorosa frente a la masa «no formada» (la *paideia* siempre singulariza al hombre en oposición a los demás); el «liberado» es de pronto arrebatado por fuerza irresistible; todo su caro pasado se le tira al suelo como de un manotazo; queda en un primer momento aturdido y deslumbrado, hasta apunta una primera acción de rebeldía y fuga, con deseo de refugiarse de nuevo en el fondo de la cueva. Es el momento crucial del «paso»; la *paideia* se revela como una «conversión», *periagogé*, vuelta al hombre entero, es decir, vuelta a su «humanidad». Salvado este paso heroico se abre el camino a la tranquila toma de posesión de un nuevo reino, el de la *alétheia*, que implica una inversión de las anteriores categorías; ésta es ahora la propia patria del hombre, aquí es luz y ser, allí sombra y apariencia; aquí libertad, allí cárcel. El secreto de la nueva situación está en la mirífica eficacia de la luz del sol, que muestra ahora el *On* en su *alétheia*. La luz no es el ser; tiene su soporte en el ser, irradia del ser. Todo ser procede de ser y en último término del Agathón, el ser originario y fontal que preside y rige.

III. *Retorno* trágico al primer estado, a la convivencia con los compañeros de estancia mundada, en la que el «iluminado» desentona con el ambiente, incapaz ya de adaptarse, incomprendido en su heroico y pedagógico «saber y enseñar», llevado adelante contra viento y marea (fin trágico de Sócrates).

B) El símil nos ha revelado el hecho de la *paideia*. ¿Cuál es su sentido? Aparentemente estamos ante dos mundos, el de lo ordinario y el de las «ideas», el de lo visible y el de lo inteligible intuible, el de la *doxa* y el de la *alétheia*. En realidad la *paideia* no se mueve entre dos mundos, sino que descubre la esfera del *On* en su verdad

re-velada, el auténtico mundo de los hombres, uno y único. En rigor no ha habido que abrir ninguna puerta de salida; la puerta estaba patente, signo de visibilidad radical de lo invisible; el acceso a la *alétheia*, aun excepcional, no sale de la posibilidad humana, constituye su más auténtica y originaria posibilidad. Más que dos mundos se revelan dos «horizontes de sentido»; se revela su esencial diferencia y a la par su identidad en la única luz originaria del Agathón, por el cual Agathón y en la cual luz cuanto es, es. Re-velación y apariencia tienen ya su convergencia en el único foco del ser.

En resumen: *paideia* significa liberación, irresistible fuerza, conversión, *periagogé*, conducción, sublimación del singular frente a la masa; introducción en lo «re-velado», auto-superación, saber consciente de sí; recuerdo, al reconocer en todo lo contingente y móvil rasgos del *On* verdadero como lo que ya siempre fué y es, y cuya presencia garantiza el ser que se encubre tras las sombras de la cueva, refractado en muchas «caras» de sí mismo, en las «ideas», en fuerza de las cuales la apariencia móvil mundana subsiste como apariencia de ser que remite a la fuente originaria. Significa finalmente compostura y conducta en el mundo; orientación en la línea ya de siempre impuesta al hombre, ahora redescubierta en esta vuelta y retorno a su origen; posición de alerta y alta misión que no se cumplirá nunca agotadoramente, pero que llenará la vida. «Así, la *paideia* viene a ser la *instauratio magna* del hombre, y en él del mundo» (pág. 49).

En el poema parmenidiano tenemos igualmente el esquema del proceso pedagógico hacia la «revelación» de la verdad; hay también allí un itinerario humano con sus tres momentos de partida, marcha y llegada. Podemos fijar similarmente en este esquema un apartamiento inicial del primer estado del hombre hundido en la vulgaridad de la *doxa*, una transición o paso y una esfera de luz de la *alétheia*. También Parménides habla y juzga desde el punto de mira de la verdad descubierta e iluminante. Los dos órdenes antitéticos de la *doxa* y de la *alétheia* están en él tanto o más subrayados que en Platón. Las características de ambos sufren un paralelo en sustancia uniforme. En Parménides predomina el elemento existencial (el «es», «son»), sobre el esencial (ideas platónicas). No los contenidos ni las esencias que plurifica el lenguaje humano *doxal*, sino el mismo existir es lo que imprime a todas las cosas su más auténtico y verdadero sello metafísico, el *einai*, en el que vienen a desdibujarse los predicados recortados de pura esencia para cobijar la realidad toda en el indiferenciado y totalizante (rotundidad sin fisuras) predicado existencial: *es*. La unidad en Platón deriva más bien de la plenitud esencial irradiante de luz y de ser del Agathón, centella plotiniana menos visible en otros contextos platónicos más orientados a una pluralidad «ideal» y que indudablemente arroja un fulgor más vivo en este pasaje. El autor ha sabido explotarla para iluminar la centralidad y fontalidad originaria del «ser», objeto cumbre de la Metafísica, cuyos contornos ontológicos, humanos y «pedagógicos» se afana aún Heidegger por precisar.

LUIS MARTÍNEZ GÓMEZ, S. J.